

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Guerra Civil de 1891: Evidencias Bioantropológicas para una Interpretación Histórica, Batallas de Concón y Placilla.

Andrea Saunier S., Hernán Ávalos y Francisco Allendes.

Cita:

Andrea Saunier S., Hernán Ávalos y Francisco Allendes (2007). *Guerra Civil de 1891: Evidencias Bioantropológicas para una Interpretación Histórica, Batallas de Concón y Placilla. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/192>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/vny>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

tiago de Chile 1650-1750. Institute of Latin American Studies. University of London. <http://www.sas.ac.uk/ilas>
THAYER Ojeda, Tomás. 1905. «Santiago durante el siglo XVI: Constitución de la propiedad urbana i noticias biográficas de sus primeros pobladores». *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo CXVI, Enero a Junio. Santiago de Chile.
TORRICO Jorge. 1962. «Los planos de la ciudad de Santiago de Chile – siglos XVIII y XIX». *Revista de la*

Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile N°2: 81-112.
VICUÑA MACKENNA, Benjamín. 1938 (1869). *Historia de Santiago*. Obras Completas de Vicuña Mackenna, Volumen X y XI. Universidad de Chile.
VOVELLE, Michelle. 1985. *Ideologías y mentalidades*. Ariel, Barcelona.
ZAÑARTU, Sady. 1934. *Santiago calles Viejas*. Editorial Nascimento. Santiago de Chile.

Guerra Civil de 1891: Evidencias Bioantropológicas para una Interpretación Histórica, Batallas de Concón y Placilla

Civil War of 1891: Bioanthropological Evidence for a Historic Interpretation. Concon y Placilla's Battle

Andrea Saunier S.*, Hernán Ávalos y Francisco Allendes*****

Resumen

A partir del hallazgo de restos óseos en una fosa común el año 2006 en la localidad de Placilla, comuna de Valparaíso, se logró establecer la existencia de cuatro individuos asociados al contexto de la Guerra Civil de 1891. El análisis de las osamentas permitió reconocer el perfil biológico y las condiciones de salud y enfermedad de los soldados que participaron en la Batalla, además de algunas características étnicas de los grupos en combate.

A través de una investigación interdisciplinaria, que incluye la arqueología, la bioantropología y la historia, se intenta construir un marco teórico de interpretación de los hechos acaecidos en el período decimonónico desde una perspectiva crítico-objetiva y como un aporte significativo a la comprensión de uno de los procesos cruciales en la Historia de Chile, tanto desde el punto de vista de las repercusiones en la consolidación del Estado chileno como proyecto histórico de las elites, como en la formación de las estructuras sociales y su rol en estos procesos hasta el día de hoy.

Palabras Claves: Guerra Civil de 1891, Batallas de Concón y Placilla, bioantropología de soldados.

Abstract

On the base of human bones found in a common grave in 2006 in Placilla, Valparaíso, it could be established the presence of four individuals associated to the context of 1891's Chilean Civil War. The analyses of the bones allowed to recognize the biological profile and the health conditions of the soldiers that took part in the battle, besides some of the ethnic characteristics of the two bands.

Through an interdisciplinary investigation, that includes archaeology, bioanthropology and history, there is an attempt to build up a theoretical frame to interpret the facts that took place in the decimononic period from a critical-objective perspective and as a significant contribution to the understanding of one of the crucial process in the Chilean History, from the point of view of the repercussions in the consolidation of the chilean State, like a historical project from the elites, as well as the formation of social structures and its role in these processes until today.

Keywords: 1891's Civil War, Battle of Concon and Battle of Placilla, soldier's bioanthropology.

* Museo Histórico Arqueológico de Quillota. andreasauhier@gmail.com

** Museo de Aicahue, Museo Histórico Arqueológico de Quillota. havalosg@yahoo.com

*** Museo de Concón. museo@concon.cl

Introducción

La guerra civil desarrollada en 1891 marca un antes y después en la historia nacional. Su génesis, en las altas esferas sociales, se alimenta de viejas rencillas de poder político y de conflictos irrefrenables propios de un país que se abre a la modernidad. Los juegos políticos previos al conflicto se concentran en el gobierno, la oligarquía y la naciente burguesía. Al momento de llegar a las armas, es el pueblo el que se enfrenta a discusiones que le parecen demasiado lejanas, que es movilizadas contra sí mismo, y que finalmente sufre las consecuencias de la guerra civil: miles de muertes, saqueos, destrucción y deterioro económico. Ciertamente el escenario estatal también se modifica a largo plazo, pero las verdaderas consecuencias del conflicto quedan subsumidas en un guión histórico tradicional y ampliamente difundido que deja de lado al pueblo como un agente activo de la realidad nacional.

Este trabajo es una instancia preliminar dentro de una investigación de largo alcance que busca aportar una nueva mirada hacia las profundidades del proceso histórico de la Guerra Civil de 1891, esta vez dando un papel central a los elementos subterráneos y marginales no siempre considerados, que son significativos a la hora de entender la participación de los sujetos en ellos. Como bien ha señalado García de la Huerta (1981), la comprensión de este período debe realizarse a partir de un análisis estructural, que incorpore todos los aspectos y factores que dan cuerpo a los procesos, de ahí la necesidad del trabajo interdisciplinario crítico y de una nueva visión epistemológica de las ciencias sociales. Por lo mismo, en esta investigación se introduce un nuevo tipo de fuente de información: el análisis bioantropológico.

En el marco de una historia prácticamente zanjada desde la historiografía tradicional y desde la historia social, la bioantropología se introduce para aportar una información nueva, epistemológicamente distinta, y pocas veces considerada en una investigación de corte histórico-patrimonial. La mirada que aporta la Bioantropología a la reconstrucción del conflicto en el marco regional no sólo es novedosa, sino también complementaria. De esta manera, se trabaja a partir de un modelo bioantropológico que es extrapolado desde fuentes documentales, bajo la hipótesis de que la información que entregan estas últimas es coincidente con la que se espera obtener de los restos óseos.

Así, en esta investigación se enfrentan fuentes históricas «tradicionales» y datos bioantropológicos duros,

para deducir hasta qué punto los primeros nos informan sobre la realidad del conflicto y qué información nueva se puede entregar. El análisis de los huesos también ayuda a conocer la calidad de la información que las fosas comunes, con sus sesgos inherentes, pueden ofrecer sobre el conflicto y su contexto.

A 161 años de la Guerra Civil de 1891, un hallazgo fortuito brinda la posibilidad de retomar la discusión histórica sobre este conflicto en un esfuerzo interdisciplinario y mancomunado entre varias instituciones para una nueva síntesis e interpretación histórica, superando la barrera de los datos y sus interpretaciones, y situando la revolución en un punto histórico donde es sujeto analizado y sujeto informante.

Antecedentes de la investigación

Durante el año 2006 representantes del Centro Cultural de Placilla, en Valparaíso, en el marco de un encuentro de museos regional, transmiten a estos investigadores la información que han descubierto una fosa aparentemente con restos de los soldados que se enfrentaron en la Batalla de Placilla, planteando que buscaban asesoría para investigar y proteger este patrimonio cultural histórico que les pertenece. Se visita en conjunto el lugar del hallazgo, localizado al norte del poblado, y se revisan algunos materiales óseos y culturales (botones, casquetes de balas, trozos de uniformes, entre otros) que habían sido extraídos por ellos. A partir de ese momento se decide trabajar en conjunto paralizando nuevas intervenciones del sitio e informando del hallazgo al Consejo de Monumentos Nacionales.

Se comienza a conformar un equipo de especialistas de distintas disciplinas capaces de llevar adelante este desafío. Para ello se decide enfrentar el lugar del hallazgo como un sitio arqueológico con el propósito de registrar y recuperar toda la información que por contexto y asociación permitirán documentar un *tiempo* de la historia de Chile que ha sido estudiado y descrito principalmente a través de las fuentes documentales y del registro fotográfico. El propósito ahora es que los restos de quienes participaron y murieron en el conflicto, tanto uniformados como civiles, comiencen a hablar. Vencedores y vencidos, ellos mismos serán el objeto de estudio.

Al momento de presentar este trabajo se está en la etapa de elaboración de un proyecto conjunto que tiene como punto de partida el estudio de los restos humanos recuperados, cuyo informe se entrega a continuación, permitiendo iniciar una línea de investigación

interdisciplinaria arqueológica, histórica y bioantropológica, que muy probablemente deberá incluir otros especialistas a medida que se desarrolle la investigación. Se pretende integrar las distintas fuentes de información a un estudio regional que comprenderá los escenarios de las dos batallas con que concluyó la Guerra Civil de 1891. Para ello ya se cuenta con el interés y la participación de varias instituciones que poseen información atinente como el nuevo Museo de Placilla, el Museo de Concón, el Museo Histórico Arqueológico de Quillota, el Museo Histórico de La Cruz, el Museo Naval y Marítimo de Valparaíso y el Museo Histórico Militar de Santiago, estos dos últimos se incorporan tras un objetivo de investigación común distinto al que enfrentó a sus dos instituciones en 1891.

Antecedentes históricos

El siglo XIX significó para la historia de Chile transformaciones importantes, como la conformación y consolidación del Estado como superestructura histórica, a partir de una serie de conflictos entre los cuales la Guerra Civil de 1891 parece ser el punto álgido que desencadena un vuelco en la historia, cuyas consecuencias se ven sólo dos o tres décadas después (Ortega, 1992; Tagle, 2001; Blakemore, en Tromben, 1995).

Durante el último año del gobierno de Manuel Balmaceda cristalizan una serie de situaciones irrefrenables que venían arrastrándose desde la década anterior. La confrontación política entre conservadores y liberales, vivida siempre a nivel de las esferas oligárquicas, toma cuerpo en discusiones ideológicas (separación Iglesia/Estado) y económicas (intervencionismo estatal en la economía del país, sobre todo la intención de controlar la riqueza salitrera; Sagredo, 1992). Las dos posiciones antagónicas, una élite nacional poco dispuesta a aceptar la modernidad y a renunciar a su cuota de poder en el Estado, y un gobernante liberal y modernizador, son las que precipitan la crisis (Jocelyn-Holt, 1992). Las voces conservadoras, minoritarias pero influyentes en el Congreso, sumadas a las de los liberales opositores recientemente alineados, empiezan de a poco a coartar los proyectos económicos del Gobierno, cuyo prestigio había mermado bajo una sucesión de gabinetes poco perdurables. El punto cúlmine de este proceso, a mediados de 1890, es el aplazamiento de la aprobación de la Ley de Presupuestos para 1891 por parte del Parlamento. Vislumbrando la deslealtad de los congresistas, Balmaceda planeó disolver el Congreso, hecho que concretó en

octubre del mismo año con la clausura de las sesiones extraordinarias del mismo. El primero de enero de 1891, y pasando por alto cualquier autoridad congresista, el Ejecutivo renovó las leyes de presupuesto de dicho año para el período siguiente. El Parlamento respondió firmando un Acta de Deposición del Presidente, sus Ministros y el Consejo del Estado (Encina-Castedo, 1959; Tagle, 2001).

En este punto del conflicto entran en escena las Fuerzas Armadas, una institucionalidad bastante deteriorada, económica y profesionalmente (Tagle, 2001; Barros, 1992; Tromben, 1995). Éstas no estaban al margen de las disquisiciones económicas y políticas del período. Según Tagle (2001):

... ante los conflictos previos al '91, los militares recibieron el efecto directo de la andanada de diversos hechos sociales de importancia: los conflictos entre la Iglesia y el Estado, el surgimiento de ideas políticas nuevas (v. gr. Socialismo); (...) [y] la fuerza con que entró la clase media, pues venía con ella un grupo humano con diversas aspiraciones.

Estas situaciones habrían hecho «presa fácil» de los políticos a las milicias. Otros alicientes habrían sido las influencias sociales y familiares, el partidismo en relación con la figura del Presidente y el grado y cargo de los oficiales al momento de estallar el conflicto, además de la influencia británica que inclinó a la Marina por el Parlamento, versus, según Edwards, un Ejército ... menos aristocratizado que la Marina, es más criollo y tradicionalista (...) [que] mantiene mejor la tradición de disciplina (...) [al punto que] en Concón y Placilla se bate, no por Don José Manuel Balmaceda, sino por el Presidente de la República (Cit. en Tromben, 1995: 2)

Según Fuenzalida (1965, en Tromben, 1995), al momento de estallar el conflicto: «*Ya los políticos de oposición habían sondeado entre los marinos y militares para organizar un movimiento revolucionario que derrocara al primer mandatario*». Urrutia (en Tromben, 1995) plantea que oficiales más jóvenes de la Armada se inclinaron por el parlamentarismo, aunque no fue una actitud generalizada. De hecho, Tromben demuestra que «*habiendo una adhesión general de dos tercios de los oficiales navales analizados a favor del bando del Congreso, ésta es mayor cuanto menos es el grado. Inversamente a mayor grado, mayor adhesión al bando del Ejecutivo*» (Tromben, 1995: 7). Tras la derrota de Placilla, algunos marinos alegaron sobornos por parte de los Senadores para lograr el apoyo

(Amengual, 1982 en Tromben, 1995). Ciertamente parece ser también que, previendo Balmaceda que el conflicto se iría a las armas, desplegó esfuerzos por deshacerse de oficiales del Ejército que se manifestaran opositores a su gobierno. Esto, sumado a los esfuerzos modernizadores de la institución llevados a cabo por Balmaceda, terminó por dirimir el apoyo de la milicia al bando presidencialista (Núñez, 1992; Tromben, 1995).

La clase alta fue adversaria del régimen balmacedista, renegando de su autoritarismo. Dentro de ésta se contaban no sólo los viejos aristócratas, sino también los mineros, banqueros y salitreros recientemente incorporados a la misma. Esto conformó una situación bastante desventajosa para el Ejecutivo, pues mientras la aristocracia de la tierra dominaba la fuerza-hombre en los campos y aldeas del centro del país, los bancarios e industriales poseían los recursos monetarios y del crédito. La clase media, en sus componentes más ilustrados: juventud estudiantil y profesorado, profesionales, comerciantes e industriales, apoyó la revolución (Encina-Castedo, 1959)

Jorge Montt, Capitán que movilizó la sublevación de la Escuadra, se desplazó junto a los presidentes de ambas Cámaras, Ramón Barros Luco y Waldo Silva, a las ricas provincias salitreras de Antofagasta y Tarapacá. Esta última había sido la zona de mayor producción e inversión económica hasta la década de 1910, y también el lugar donde surgieron los primeros movimientos obreros de lucha reivindicativa.

Bermúdez Miral (1984, en Reyes 1992) relata el mismo fenómeno de partidismo y movimiento de influencias que habría ocurrido a nivel de las Fuerzas Armadas en el mundo del salitre, para conseguir partidarios desde uno u otro bando. Los inversionistas mineros no se encontraban en un buen pie con el Presidente, en gran medida por las políticas económicas proteccionistas que éste había intentado establecer en relación con la explotación del salitre, y se alinearon rápidamente en contra del Primer Mandatario. Los obreros salitreros, obligados o enviados a la batalla con un mínimo pago, pasaron a constituir el grueso del Ejército que respaldaría a la Armada en las batallas siguientes. Esta situación pudo ser determinante en el desenlace de la revolución. Durante 1890 se generó la primera huelga general de obreros del salitre, duramente reprimida por el Gobierno, hecho que inclinó la animosidad de esa zona a la revolución. Al respecto, Reyes señala:

... el Presidente Balmaceda y sus cercanos colaboradores se enajenaron gradualmente el apoyo de los sectores populares y muy especialmente

el de los obreros nortinos... [a través] del movimiento huelguístico de 1890... [y] la acción de tropas balmacedistas en contra de los obreros de Tarapacá (...) Los trabajadores no olvidaron esto y al desembarcar en Concón y Placilla enfrentando a un contingente muy superior en número a las fuerzas congresistas, lograron la victoria para estos últimos en el campo de batalla (Reyes, 1992: 101-102),

Otros autores ven la explosión de obras públicas impulsada por Balmaceda, con el consecuente aumento de empleos y salarios, como el punto que marcó la simpatía de los trabajadores hacia su persona. A esto pudo sumarse el enfrentamiento entre el Primer Mandatario y el consorcio North, que habría configurado una suerte de «enemigo común» de los obreros y el Gobierno (Pinto, 1992). Sin embargo, Pinto concluye que la clase obrera se habría inclinado principalmente por la revolución: «*en todas sus manifestaciones prácticas la clase trabajadora distó mucho de exhibir no tanto entusiasmo, sino incluso la más leve simpatía por la causa balmacedista*»

Siguiendo a Reyes (1992), se estima que Balmaceda hubo de concentrar un contingente de 30.000 hombres a lo largo del país, muchos de los cuales habrían sido atraídos bajo reclutamiento forzoso (Encina, 1952, en Pinto, 1992). La primera campaña de la guerra civil, entre enero y marzo de 1891 en la zona de Tarapacá, sentó las bases a la escalada de violencia que marcó el conflicto. Los enfrentamientos se dieron en Zapiga y Pisagua (19 de enero), Rosario de Huara y San Francisco (17 de febrero), Iquique y Pozo Almonte (7 de marzo) (Pinto, 1992).

Tras el triunfo de los congresistas en el norte se organizó una Junta de Gobierno en Iquique, encabezada por Montt, Silva y Barros Luco. En el resto del país, Balmaceda estaba instaurando una política dictatorial contrarrevolucionaria. Envió dos torpederas al norte, que hundieron el Blanco Encalada en Caldera, buque que cargaba armamento, municiones y provisiones para los congresistas en tierra. Éstos casi no hicieron acoso de dicha pérdida y tras recibir nuevo armamento desde Europa enfilaron hacia la zona central del país.

A mediados de agosto de 1891 el conflicto se trasladó a la Zona Central. En Santiago, huestes balmacedistas dieron muerte a más de 90 jóvenes aristócratas y artesanos que apoyaban a la nueva junta revolucionaria, en la llamada Matanza de Lo Cañas. En paralelo, se estaba preparando el escenario para las batallas definitivas del conflicto, en las cercanías de Valparaíso.

Batallas de Concón y Placilla

Las huestes congresistas se desplazaron por mar, pretendiendo alcanzar el puerto de Valparaíso, un centro económico y político importante, y luego dirigirse a la capital. Desembarcaron en Quintero el día 19 de agosto. Según algunas fuentes el bando revolucionario contaba con entre 9.200 y 10.000 hombres, entre reclutados salitreros y jóvenes revolucionarios ocupados en el oficialismo, distribuidos en tres divisiones. Estaban armados con modernos rifles de repetición Manlicher, que permitían 5 tiros de 3.000 m de alcance y: «... el mínimo del ejército revolucionario no bajaba de diez mil hombres, de las tres armas, calculando en treinta y cinco las piezas de artillería, y que para conducir éstas disponían de número suficiente de mulas» (Arellano, 1892: 24).

Los balmacedistas habrían contado en total con cerca de 33.500 hombres, separados en cuatro divisiones: la de Santiago, a cargo de Orozimbo Barbosa, contaba con 6.500 soldados; la de Valparaíso, al mando de José Miguel Alcérreca, de 7.000 hombres, y las de Coquimbo y Concepción, a cargo de Ramón Carvallo Orrego y Daniel García Videla respectivamente, ambas con 10.000 hombres (Arellano, 1892). Sólo las divisiones de Santiago y Valparaíso se encontraban atrincheradas al sur del Aconcagua cuando se produjo el desembarco de los revolucionarios. A fines del día 20 los balmacedistas enfilaron desde Valparaíso hacia Viña del Mar, donde se unieron a varios cuerpos de la división de Santiago, y luego a Concón, supuestamente vitoreados por los lugareños. El 21 de agosto llegaron a la ribera sur del Aconcagua, donde ya se estaban librando los primeros tiroteos contra los recién desembarcados.

Cerca de las 11 de la mañana los balmacedistas avanzaron hacia el río con 6.382 hombres de 12 divisiones¹. Cada soldado de tropa contaba con 100 tiros a bala, y la 3ª división, con 150. La infantería portaba rifles Grass y Comblain, con un alcance de 1.800 y 1.200 m respectivamente, y la caballería y la artillería con rifles Winchester.

La mala estrategia militar habría sido la causa de la derrota de los fieles al gobierno en la batalla. El avance que habían hecho hacia la ribera norte del Aconcagua fue bloqueado, debiendo replegarse en conjunto al cordón de cerros vecinos. Según el balmacedista Arellano: «... los soldados nuestros peleaban en su mayor parte á pecho descubierto, entretanto que el enemigo lo hacía entre los zarzales». Las bajas eran considerables,

al punto que: «en una extensión de seis cuerdas, ó más, era fácil tropezar á cada paso con algún heroico infante ó denodado artillero que yacía en tierra con el cráneo despedazado, las piernas ó los brazos rotos, ó el pecho acribillado a balazos. (Arellano, 1892: 37) Según el mismo autor: «También más de quince mujeres, camaradas de nuestros valientes, peleaban a su lado con denuedo sin igual, y cuando éstos caían moribundos, recojían su último suspiro con exclamaciones de venganza y deira! (sic)» (Arellano, 1892: 38)

Casi a las cinco horas de iniciada la batalla, y tras innumerables bajas de soldados rasos y oficiales, los congresistas y balmacedistas recibieron refuerzos. Pero el enfrentamiento ya se había dirimido a favor de los constitucionalistas, y las huestes de Balmaceda debieron replegarse a Valparaíso.

El ejército presidencialista, diezclado, se retiró al norte de Quilpué. Muchos disidentes se sumaron al bando congresista. El día 22 los balmacedistas se dirigieron a Valparaíso, y se unieron a la división de Concepción. Por órdenes del Presidente se desplegaron los soldados por las alturas de Viña del Mar y se formó una línea defensiva de cañones desde la costa. El día 23 ambos bandos estaban separados sólo por el Estero de la ciudad jardín. Las tropas fortalecidas del Ejército enfrentaron a los congresistas con esta nueva disposición, obligándolos a rodear Valparaíso por el este.

Las milicias gobiernistas se enfrentaban entonces a la disyuntiva de si los insurgentes se dirigían a la capital o se aprestaban a tomar posesión de Valparaíso «... por sorpresa, emprendiendo la marcha por los caminos reales de Quilpué y Casablanca, camino este último que, doblando el Alto del Puerto, les une á la comercial metrópoli» (Arellano, 1982: 59 - 60).

Los balmacedistas avanzaron entonces hacia Placilla, en paralelo a los congresistas, que buscaban los Altos del Puerto. El día 27:

Las posiciones del Ejército del Gobierno ocupaban el Alto del Puerto, promontorio que queda a 500 metros de la pequeña aldea de Placilla, y que forma parte del cordón de cerros que circunda Valparaíso (...) Es frente que da a Placilla es muy reducido (...) el centro de la línea quedaba sobre el viejo camino carretero de Valparaíso á Santiago (...) En suma, las tropas de las tres armas no subía el número de nueve mil quinientos hombres. (Arellano, 1982: 63 - 64).

Los revolucionarios, cuyas filas se habían aumentado en unos 2.000 hombres, habrían avanzado a las lomas más próximas a la línea del Ejército leal.

Estaban, pues, separados los dos combatientes por la aldea de Placilla: regada por un estero que en el invierno se torna caudaloso, sus edificios son pobres y su valer comercial nulo; el camino carretero pasa por medio de ella y frondosos árboles forman pequeñas quintas que quedan al lado de Valparaíso (Arellano, 1982: 65).

La mañana del 28 de agosto se enfrentaron por última vez ambos bandos. Cerca de las diez de la mañana empezaron a notarse las deficiencias del ejército de Balmaceda y para las 15 horas ya había terminado toda resistencia. Las fuentes castrenses sugieren que el ejército vencido tuvo 1.115 muertos y 2.500 heridos, lo que equivale a más del 30% de fuerzas efectivas, mientras que el ejército vencedor tuvo 2.070 bajas entre muertos y heridos, lo que equivale al 20% de sus fuerzas efectivas. Pinto (1992) cita dos documentos redactados por extranjeros. En el primero de ellos el Cónsul estadounidense explicita que los balmacedistas habrían perdido 6.000 hombres en Concón y Placilla, y los congresistas 2.600. El Cónsul General Lewis Joel, por su parte, habría calculado 10.000 congresistas versus 30.000 balmacedistas, falleciendo en Concón y Placilla 1.200 versus 800 individuos, respectivamente.

El bando vencido experimentó no sólo la baja de soldados y la derrota moral. Los congresistas fueron particularmente crueles con los heridos, oficiales y soldados rasos:

Acosado por la multitud, el general Barbosa parecía espíritu vengador (...) Más un disparo de carabina le hizo rodar por el suelo (...) El hato de valientes se echó entonces sobre él. Su cadáver fue mutilado, destroncada su cabeza y arrastrado y profanado su cuerpo de la manera más inícuca y salvaje (...) Los cadáveres de ambos generales [Barbosa y Alcérreca] sirvieron después de diversión a la sanguinaria tropa y á las chusmas ebrias de alcohol y sangre! (Arellano, 1982: 68 - 69).

Las muertes, ya numerosas, habrían sido aumentadas con los civiles que cayeron presa del salvajismo que siguió a la Batalla de Placilla. El 30 de agosto el bando victorioso ocupó Valparaíso, en una instancia en que se produjeron una serie de destrucciones y saqueos en las casas y campos aledaños, que condujeron a la muerte a ancianos, mujeres y niños.

Más de mil cadáveres se encontraron en las calles de Valparaíso la mañana del 29 de Agosto, chilenos todos sacrificados a nombre de la libertad triunfante. Para asesinar no se respetó ni a

los ancianos, ni a las mujeres, ni a los niños (Arellano, 1982: 70).

Los cuerpos de estos individuos originaron fosas comunes: los mismos vecinos de las zonas afectadas apilaron los cuerpos, los quemaron y luego los enterraron. Misma suerte corrieron los soldados caídos en batalla: los lugareños los enterraron apilados en fosas como la que origina esta investigación.

El 31 de Agosto los congresistas entraron a Santiago. El Presidente Balmaceda dimitió y se asiló en la Legación argentina, suicidándose el 19 de septiembre de 1891. Jorge Montt, Capitán de Navío, asumió la presidencia de la República.

El Bajo Pueblo en el siglo XIX

El conflicto civil de 1891, en relación con la conformación social de los ejércitos en pugna entrega información acerca de las posibles motivaciones de los sectores populares en torno a la revolución, sus patrones de comportamiento, sus formas de vida, su concepción del Estado y su irrupción como clase en el siglo XX. Ambos bandos oligárquicos traspasaron el conflicto al bajo pueblo, a los empleados, obreros, inquilinos y peones, enfrentando a un grueso de la población y a su realidad a un nuevo orden. Sin embargo, poco se ha estudiado acerca de las consecuencias que le trajo al pueblo el conflicto. Las fuentes históricas reseñadas en el acápite anterior han esbozado también algo de la realidad del pueblo, una imagen construida por la historiografía, que en este trabajo se enfrenta a la tangencialidad de sus restos óseos.

La vida del soldado

La experiencia generada por la Guerra del Pacífico enfrentó a Chile a una conflictiva realidad: Chile no contaba con un ejército profesional. Santa María, y luego Balmaceda, llevaron a cabo una serie de reformas a dicha institucionalidad para mejorar la calidad de la misma bajo el modelo prusiano (Barros, 1992; Núñez, 1992). Sin embargo, el «soldado» que se enfrentó en la Guerra Civil de 1891, no era más que un miembro de la clase baja del país. El escaso número de soldados profesionales apenas alcanzó para cubrir los cargos de oficiales, siendo necesario que se sumaran jóvenes aristócratas a la oficialidad de ambos bandos. El resto del contingente se consiguió por reclutamiento forzoso o por una mínima paga entre los salitreros (bando conservador) y entre los peones de la zona central del país (bando liberal).

Arellano ofrece datos concretos sobre la vida soldadesca del contingente presidencialista que combatió en Placilla y Concón: «*El equipo total del soldado componíase de casaca gris y pantalón colorado de paño, sus correspondientes botas y kepí, una frazada y dos mudas de ropa interior*». Y sobre la alimentación de los mismos: «*Se ordenó el reparto de víveres para tres días. Éste componíase de charqui, cebollas y galletas*» (Arellano, 1982: 12)

Se sabe además que las huestes se iban alimentando en el camino a expensas de los simpatizantes de ambos bandos que podían proveerlos de recursos.

Fueron casi ocho meses lo que estuvieron en campaña los reclutados. El grueso de los congresistas se desplazó en barco desde la zona norte hasta la zona central, mientras que los balmacedistas utilizaron principalmente las vías férreas. Ya preparados para los enfrentamientos, debían cargar sólo el armamento y las municiones, dejando atrás cualquier otro elemento. Gran parte de las bajas que se produjeron entre los congresistas se atribuyen a las malas condiciones de salud en las que vivieron el tiempo que pasaron embarcados. Alguna situación similar no se encontró documentada para el bando contrario. En las batallas decisivas, y siguiendo el relato de Arellano (1982), las heridas fueron causadas principalmente por tiros de rifle, tiros de cañón y en las últimas instancias, combate cuerpo a cuerpo.

Modelo bioantropológico

Esta primera aproximación a las fuentes «tradicionales» de información, que incluyen libros «clásicos» de la historia de nuestro país, así como relaciones de las batallas de amplia disposición, ha sentado las bases para la construcción de un modelo de corte bioantropológico, que concentra las expectativas de lo que se debería encontrar tras el análisis de los restos óseos humanos recuperados de una fosa común originada tras la Batalla de Placilla.

De esta manera, los restos con los que se cuenta para el análisis funcionan como una suerte de «anticipo» o una muestra –altamente sesgada, por lo demás–, del contenido de las fosas comunes receptoras de los restos de combatientes de los enfrentamientos de Concón y Placilla, que se espera abordar en instancias posteriores.

Las fuentes históricas han informado sobre las características que se deberían recoger en relación con el

perfil biológico de la muestra inhumada en las fosas comunes:

Sexo: la mayoría de los soldados fueron hombres, pero al igual que en la Guerra del Pacífico, y como lo han confirmado las palabras de Arellano, también participaron mujeres del combate. Por otra parte, tras los saqueos que ocurrieron en las ciudades, fueron depositados en las fosas comunes mujeres, niños y ancianos. Es cierto que esto fue más común en los osarios más cercanos a Valparaíso y a los centros poblados, y no en las cercanías a los campos de batalla.

Edad: el grueso de los soldados lo constituían hombres jóvenes, reclutados de entre los obreros salitreros y el peonaje, y jóvenes aristócratas en el caso del oficialismo. Pero también combatió un pequeño número de soldados profesionales de más edad, principalmente veteranos de la Guerra del Pacífico

Etnicidad: el bajo pueblo en el siglo XIX carga un fuerte componente étnico indígena amerindio, del cual no se excluye la miscegenación con un bagaje europeo propio del cruce, clandestino o no, de miembros de la clase baja y de inmigrantes de mayor rango social (Salazar, 1990). Es importante considerar que con los procesos de «pacificación» de la Araucanía (Pinto Rodríguez, 1992) y las políticas inmigratorias del gobierno de Balmaceda había llegado al país una serie de españoles, franceses, italianos y suecos que llegan a ocupar y explotar el sur del país (Estrada, 1992) cuyos genes se estaban incorporando al repertorio chileno.

Condiciones de salud y enfermedad (perfil paleopatológico): según referencias de Villalobos (2006) los principales cultivos del país correspondían a cereales: trigo y cebada. Esta era la principal fuente de alimentación del pueblo, en desmedro de productos con un alto contenido proteico, como la carne, leche y sus derivados, queso y mantequilla. Después de 1880 aumentó en el país la demanda de carne, lo que mermó los cultivos de cereales. Se estima que la dieta principal de los soldados, previo a su inclusión como tales, estuvo más bien basada en cereales, fue pobre en cantidad y de poca variedad, centrada en los carbohidratos. Ya en campaña, la dieta incluyó carbohidratos, proteínas y fuentes de vitamina, pero en muy baja cantidad. Esta mala nutrición pudo haber aumentado la predisposición al desarrollo de enfermedad periodontal y caries dentales, anemia y otras enfermedades carenciales. La dura vida de trabajo y las condiciones sociales cada vez más difíciles habrían predispuesto a los individuos al desarrollo de estrés fisiológico.

La vida en las ciudades, cada vez más pobladas, condujo al hacinamiento y a la formación de ranchos y conventillos, insalubres y oscuros, sin agua potable ni desagües donde atacaba el tífus exantémico, difteria, neumonía y las enfermedades intestinales (Villalobos, 2006) En 1885, 1872 y 1888-9 se registraron epidemias de cólera y viruela, y otras patologías que atacaban a la población eran la tuberculosis, los problemas venéreos y el abuso del alcohol. No se descarta la posibilidad de encontrar evidencias de dichas patologías entre los restos inhumados en las fosas a estudiar.

Modo de vida: Salazar (1992) distingue tres grupos principales dentro de la sociedad civil chilena: campesinos (labradores, campesinos, huerteros y errantes) dispersados entre la zona central del país y allende el Biobío; mineros (buscones, pirquineros, cateadores, placilleros y pallaqueros) distribuidos entre Copiapó y poco más allá de Santiago; y el artesanado, o empresario industrial popular. Estos tres modos de vida, con sus particulares maneras de producir y sus tradiciones aún por precisar, son el sustrato con el que se cruza durante un período puntual la realidad soldadesca informal que trajo aparejado el conflicto de 1891.

El cruce de esta información construye las expectativas que se generan, a partir de las fuentes históricas sobre el tipo de información bioantropológica que debería obtenerse del estudio de las fosas generadas durante la revolución de 1891, particularmente en las batallas de Concón y Placilla. A partir de este punto, las fuentes históricas tradicionales son comparadas con las evidencias concretas que entregan los restos óseos, una nueva manera de aproximarse al conflicto.

Análisis bioantropológico

Materiales y métodos. Los restos óseos estudiados fueron recuperados de manera asistémica por investigadores locales aficionados. Corresponden en su mayoría a fragmentos de huesos largos, restos de cráneo y dientes. En la fosa en la que estaban depositados se encontraban acompañados de materiales culturales propios de la batalla: vainillas, tiros percutados, restos de armas, botones metálicos, monedas, madera y tela (vestiduras).

El análisis se orientó al reconocimiento de la cantidad de individuos recuperados de la fosa y a la reconstrucción del perfil biológico (sexo, edad, estatura, etnicidad) y paleopatológico de los mismos (condiciones de salud y enfermedad). Los

restos óseos se analizaron antroposcópicamente a ojo desnudo, y en caso de ser necesario, con una lupa de un aumento máximo de 5X. Los datos fueron consignados en una ficha de registro de restos esqueléticos, y cada observación relevante se acompañó de una fotografía tomada con una cámara Sony Cybershot W80, en un tamaño estándar de 7 Mb, mejoradas con el programa editor de imágenes Picture Motion Browser 2.0.05.16060. La reconstrucción del perfil biológico de los individuos de la muestra siguió los estándares reseñados en Buikstra y Ubelaker (1994), Ubelaker (1984) y las propuestas resumidas por el Workshop of European Anthropologists (1980). La identificación e interpretación de la prevalencia de patologías de la comunidad en estudio siguió los criterios de Aufderheide y Rodríguez-Martín (1998), Brothwell (1981) y Larsen (1997, 2002). Tales autores también ofrecen herramientas para interpretar los patrones de actividad e indicadores laborales, además de Merbs (1983). La determinación del número mínimo de individuos presentes (NMI) siguió las recomendaciones de Mengoni (1988). La pieza ósea utilizada para este registro fue el fémur.

Resultados. Se recuperaron 231 fragmentos de huesos de la fosa estudiada. Su distribución se reseña en la Tabla 1. La mayoría de las piezas presenta una coloración marrón rojiza, con exfoliación del periostio y severo deterioro del tejido óseo (Imagen 1).

Tabla 1. Cantidad de fragmentos óseos recuperados

Estructura	Cantidad
Cráneo	67
Dentadura	18
Mandíbula	3
Cintura Escapular	0
Columna vertebral	0
Costillas	0
Húmero	5
Antebrazo	0
Manos / Pies	19
Coxal	2
Sacro-coxis	0
Fémur	19
Tibia	2
Huesos largos no identificados	96
Total	231



Imagen 1: Estado general de los restos óseos recuperados de la fosa analizada en esta investigación. Si bien hay piezas donde el tejido se conserva en buenas condiciones (abajo), en otros casos la exfoliación y destrucción de hueso es severa y dificulta su identificación y análisis (arriba).

La mayor fracción de óseos corresponde a fragmentos de hueso largo no identificados. En segundo lugar, se encuentra el cráneo, también altamente fragmentado. La segunda pieza ósea más abundante es el fémur, y la que además se encuentra menos fragmentada.

Se distinguieron 19 fragmentos de fémur, de los cuales 12 corresponden a restos incompletos que no es posible lateralizar y 7 a piezas más completas, de las cuales cuatro son derechas y 3 izquierdas. Esto lleva a plantear que entre los restos recuperados se cuentan, al menos, 4 individuos.

El sexo se pudo determinar principalmente a partir de los fragmentos de cráneo (observación de la forma de la mastoides). La presencia de un fragmento de coxal con la escotadura ciática abierta sugiere la presencia de una mujer dentro de la muestra, pero no es posible

determinar si esto es aparte de los cuatro sujetos ya reconocidos o no.

El grado de desgaste dental fue el principal indicador utilizado para precisar la edad de los individuos de la muestra, ya que no habían otras estructuras disponibles (sífnisis púbica, aurícula, carillas articulares) para la observación. Se distinguieron, al menos, dos series dentales correspondientes a dos individuos distintos, pero nuevamente no es posible determinar si éstos se cuentan o no dentro de los cuatro sujetos identificados. De esta manera, según el desgaste dental, uno de los individuos tiene una edad de 21 ± 2 años, y el segundo, de 30 a 35 años. El aspecto general de los huesos apoya la evidencia de que se trata sólo de individuos jóvenes. Los restos se encontraron tan fragmentados que no se hizo informativo el cálculo de la estatura.



Imagen 2: Caries pulpar en tercer molar superior. Dentro de la cavidad originada por la caries se encontraba material biológico.

La presencia de incisivos en pala y suturas complicadas dentro de los fragmentos de la muestra sugiere la presencia de un componente genético amerindio dentro de los sujetos recuperados.

La mala conservación de los huesos nubló la determinación de las patologías presentes en la muestra. A nivel de la dentadura se encontraron evidencias de severa enfermedad periodontal y caries en la dentadura poscanina. Se registraron dos casos de severas caries pulpares a nivel de los terceros molares. Dentro de la cavidad formada por la caries se encontró material biológico, probablemente comida, lo que habría agravado el desarrollo bacteriano (Imagen 2). Se hipotetiza que las precarias condiciones de higiene en las que vivieron los soldados durante la campaña son las responsables de ambas patologías orales.

En un fragmento de parietal se encontraron evidencias de hiperostosis porótica. Sin embargo, lo diminuto del mismo no permite discriminar si el aumento de la microporosidad se debe a la patología mencionada o a un trauma. En varios fragmentos de hueso largo se encontró evidencias de periostitis. El probable que ésta sea secundaria a algún trauma sufrido por los individuos en esa zona, o que se comporte como un indicador de estrés nutricional.

En tres fémures se encontraron huellas de corte con instrumentos filosos y gruesos. La erosión en la zona no permite determinar si son de data perimortem o post mortem, pero es más probable esto último.

Los huesos, a pesar de ser finos, presentaban un buen desarrollo muscular. Había hipertrofia de la línea áspera y de las líneas de inserción glúteas en todos los fémures que permitían dicha observación. Estos músculos son los involucrados en la marcha y el movimiento del miembro inferior. En el resto de las piezas óseas que se pudieron identificar no fue posible registrar el desarrollo muscular.

Junto a los fragmentos óseos se encontraron también trozos de tela, a veces adherido al hueso y a veces aislado.

Por último, un 80% de los fragmentos óseos recuperados presentaban huellas de exposición al fuego y/o de contacto con metales. Según la coloración de las piezas, algunas no se expusieron a una temperatura mayor a los 600 °C, mientras que otras se calcinaron por encima de los 1000 °C. Es probable que la exfoliación del periostio que se observa en varios fragmentos sea un efecto del calor provocado por la incineración. La presencia de botones, vainillas, tiros percutados y restos de armamento dentro de la fosa sería la causa de las manchas de contacto con metal que se notan en algunas piezas.

Parte de los materiales recuperados junto a los restos óseos corresponden a objetos de carácter militar, como tiros, tanto percutados como no percutados, restos de textil correspondientes a uniformes militares, hebillas y botones, entre otros elementos, todos atribuibles al contexto del conflicto. Con relación a su pertenencia se

ha logrado determinar que corresponden a ambos bandos. De hecho, es muy posible que en las fosas existan restos de soldados pertenecientes a los distintos frentes en pugna, lo que indicaría que los entierros fueron realizados por los propios lugareños. Por lo menos, la evidencia con la que se cuenta hasta ahora indicaría aquello.

Discusión y conclusiones

Las guerras civiles se definen como «*conflictos violentos que ocurren dentro de la misma cultura, sociedad o nación, cuando se enfrentan grupos organizados que buscan tomar el poder (...) o cambiar las políticas del gobierno*» (Fearson, 2007). No está claro cuánta violencia es necesaria para que un conflicto interno de un país califique como tal, pero se considera que, al menos, 1000 personas deben ser asesinadas, con unas 100 fatalidades por cada bando (Wong, 2006). La reconstrucción histórica elaborada a partir de las fuentes revisadas sustenta la definición del conflicto de 1891 como una guerra civil.

La mayor parte de los debates en torno a las fuentes históricas se circunscribe al ejercicio de la discriminación relacionada con el valor de los documentos en la reconstrucción histórica, corriente influida por el positivismo de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX y a la relación existente entre los actores o, más precisamente, entre el sujeto de la historia y el ejercicio profesional de los historiadores. Desde la década de los '50, con la influencia de la Escuela de los Anales, se comienzan a discutir y ampliar los campos de observación de la realidad social e histórica, que hasta ese entonces sólo incluían los procesos de manera narrativa y episódica, y actores centrales como generales o reyes y sus grandes gestas u obras. Se pasa así a una historia estructuralista, centrada en factores de muy larga duración: las mentalidades. Desde ese momento se comienza a aislar a los sujetos como actores centrales de la historia y, consecuentemente, se consolida desde el megarelativo el vacío colectivo que se genera en los sectores populares en torno a su realidad y su potencialidad como sujetos transformadores de ella. En esta subjetividad, construida a partir de la comprensión de los elementos que dan forma a la realidad social, la historia cobra un papel fundamental como instrumento que permite a los sujetos determinar las estructuras y leyes que dan forma a esa sociedad, sin restar la historicidad a los procesos. Así, la historia, como construcción social, es eminentemente política,

ya que enfrenta de manera contradictoria visiones de realidad y relaciones de poder.

Con los cambios ocurridos en la década de los '70, la dimensión política vuelve a ser un eje central de la narración histórica, pero desde una perspectiva antropológica². En el caso de Chile se comienzan a visualizar dos escuelas: la de la historia tradicional, hegemónica en la producción historiográfica hasta las primeras décadas del siglo XX, positivista en sus métodos y conservadora en su interpretación, representante de la clase social que ostenta el poder y, por lo tanto, constructora de un discurso oficial acorde a los intereses y necesidades de esa clase social, en donde sus mayores exponentes son Encina, Eyzaguirre, Barros Arana y los actuales Villalobos, Frías Valenzuela; y las escuelas derivadas de las distintas corrientes estructuralistas, como la escuela marxista de gran influencia en las décadas del '50, '60 y '70 y de la cual sus mayores exponentes son Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall, Julio César Jobet, Luis Vitale y los actuales Gabriel Salazar, Sergio Grez y Mario Garcés, entre otros.

Las fuentes históricas aquí revisadas consideraron autores no sólo de la corriente historiográfica tradicional, sino también de la nueva historia social. Ya sea centradas en la historia de los procesos, o en los actores sociales, han probado ser, como fuentes de información preliminar, coincidentes y coherentes con lo hallado en las fosas. Sin embargo, el contexto de las batallas de Concón y Placilla, que es el de interés más inmediato para este trabajo, ha carecido de una mirada más social y menos centrada en la logística militar. Queda entonces como desafío, profundizar en éste desde la historia, como instancia primera para abordar las futuras etapas de la investigación.

El análisis bioantropológico no ha resultado fácil. En primer lugar, los sesgos propios de una fosa común (multiplicidad de cuerpos, mezcla e interdigitación de los mismos, remoción y depositación secundaria, entre otros), que acarrearán la pérdida de una serie de información, se hicieron patentes a través de los restos. Otras acciones postdepositacionales e intervenciones post mortem que suelen llevarse a cabo ante fosas comunes (remoción de la tierra, ocultamiento, incineración de los cuerpos, saqueos) también se vislumbran. Por último, la recuperación asistemática de los huesos por parte de investigadores aficionados, también dificultó el análisis, al perderse una parte fundamental del contexto de inhumación (posición estratigráfica de cada objeto hallado y su asociación con otros).

No obstante lo anterior, gran parte de las propuestas reconstruidas a partir de la revisión bibliográfica se pudieron confirmar, sobre todo en relación con el perfil biológico de la muestra. En ese sentido, destaca que no sólo se hayan encontrado restos óseos masculinos en la fosa. La presencia de un coxal femenino estaría confirmando la veracidad de los datos ofrecidos por Arellano (1892), previamente citado.

En relación con el perfil paleopatológico de los individuos, la fragmentación de los restos impidió una comparación concisa entre la información que éstos entregaron y la reconstrucción histórica. Sin embargo, el hallazgo de material biológico en cavidades cariogénicas de molares abre la posibilidad a estudios más profundos, relacionados por ejemplo, con la dieta de los soldados a partir de técnicas de análisis macroscópico y microscópico. De entre las consecuencias de estos conflictos, una de las más relevantes para el trabajo bioantropológico y forense es la conformación de tumbas colectivas u osarios, que suelen crearse ante una gran cantidad de individuos muertos o asesinados, y la necesidad de enterrarlos rápidamente en un sistema donde la infraestructura social que permite un buen tratamiento de los cuerpos no está disponible. Existe además detrás de esto una estrategia para el control de las infecciones y las enfermedades.

Las tumbas colectivas son también objetos arqueológicos, testimonios de un hecho pasado, con una significación cultural (Dirkmaat et al., 2005). Los tipos de información que pueden ser recuperados de un osario bien excavado son muchos y variados: incluyen el tamaño y la forma del sitio de entierro, los instrumentos usados para su formación a través de las marcas de las herramientas en las paredes y piso de la tumba, reconocer episodios discretos de excavación o reexcavación, secuencia de depositación de partes de cuerpos, depositación primaria (cuerpos completos) o secundaria (descomposición parcial o cuerpos completamente desarticulados) de los individuos y evidencia de intentos de esconder la evidencia removiendo la tierra que cubre la tumba o los cuerpos (Dirkmaat y Adovasio, 1996; Dirkmaat et al., 2005)

De esta manera, la constitución de una fosa común ofrece desafíos importantes para la bioantropología y la arqueología. Sólo a través un trabajo cooperativo, entre ambas disciplinas, y con otras que reconstruyan el contexto del conflicto, se puede llegar a abordar cabalmente la situación que dicha inhumación plantea

(Saunier, Ms). Es precisamente dicho desafío el que pretende abordar la investigación de la cual este trabajo forma parte. A partir de la fosa común ya localizada se busca entender el conflicto desde sus repercusiones posteriores, desde cómo se ha construido el imaginario histórico-social en torno a ella. En esta primera instancia, una recopilación de fuentes que provienen tanto de la historiografía tradicional como de las nuevas corrientes de historia social, ha servido para construir un modelo bioantropológico que explicita qué se debería encontrar en una fosa común generada tras el conflicto bélico de 1891. La contrastación de dicho modelo, con los restos óseos que efectivamente se han recuperado de un osuario de ese momento, permite enfrentar la historia, tal como es contada por estas fuentes, con una realidad tangible.

Agradecimientos

Al Centro Cultural de Placilla, en las personas de Claudio Montenegro, Rolando Núñez, Michel Murúa, Alfredo Delgado y Guillermo Mardones. También a Eliana Saunier y Wilson Olivares, por sus valiosos aportes, críticas y correcciones.

Notas

¹ Según Arellano (1892) este dato le fue entregado por un ayudante del Estado Mayor de la Segunda División. Dicha cifra habría sido confirmada por partes del bando congresista enviados por el Coronel Canto a Montt, Una carta publicada con posteridad en el diario La Libertad Electoral de Santiago, el 12 de septiembre de 1891 por Ismael Valdés Vergara, secretario de la Escuadra señala: «... número de enemigos se calcula en 8 000 como minimum, colocados al parecer en posiciones inexpugnables (sic)». Colmo, 21 de Agosto de 1591, a las 8 P. M. -

CORONEL CANTO.» No obstante, Arellano arguye que Canto se vio en la necesidad de incorporar a una división que no llegó a la batalla, de manera que sólo pelearon por Balmaceda en Concón 6.382 ó 7.000 hombres, versus 10.000 revolucionarios.

² La incorporación de la política como actividad propia de los sujetos parte del hecho de que la historia surge al interior mismo de la práctica social de éstos. Por lo tanto, la historia, como relato, ejerce una doble influencia como fragmentador de la conciencia de los sujetos, atomizando el ejercicio de su acción social, y como elemento de cohesión, al transformarse en la base material de un proyecto colectivo propio.

Bibliografía

- ARELLANO, Víctor J. 1892. *Guerra civil de Chile. Batallas de Concón y Placilla. Reminiscencias de un ex – tercerano*. Buenos Aires.
- AUFDERHEIDE, Arthur y RODRÍGUEZ MARTÍN, Conrado. 1998. *The Cambridge Encyclopedia of human paleopathology*. Cambridge University Press.
- BARROS, Luis. 1992. «La profesionalización del Ejército y su conversión en un sector innovador hacia comienzos del siglo XX» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- BROTHWELL, D. R. 1981. *Digging up bones. The excavation, treatment and study of human skeletal remains*. British Museum (Natural History), Londres. Oxford University Press.
- BUIKSTRA, J. E. y D. UBELAKER. 1994. *Standars for data collection from human skeletal remains*. Arkansas archaeological survey research series.
- DIRKMAAT, Dennis C., Luis CABO, J. M. ADOVASIO y Vicente ROZAS. 2005. *Commingle Remains and the mass grave: considering the benefits of Forensic Archaeology*. Presentación para la 57th Annual Meeting of the American Academy of Forensic Sciences, New Orleans, LA. Febrero 21 – 26, 2005.
- DIRKMAAT, Dennis y ADOVASIO, James. 1996. «The Role of Archaeology in the Recovery and Interpretation of Human Remains from an Outdoor Forensic Setting». En *Forensic Taphonomy: the Postmortem fate of human remains*. W. Haglund y M. Sorg. Eds. CRC Press.
- ENCINA, Francisco y CASTEDO, Leopoldo. 1959. *Historia de Chile*. Santiago.
- ESTRADA, Baldomero. 1992. «La política migratoria del gobierno de Balmaceda» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Ed.
- FEARSON, J. 2007. «Iraq's Civil War». En *Foreign Affairs*, Marzo/Abril 2007
- GARCÍA DE LA HUERTA, Marcos. 1992. «Historia y proyecto nacional» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- JOCELYN-HOLT Alfredo, «La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad» *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Ed.
- LARSEN, Clark Spencer. 1997. *Bioarchaeology: interpreting behavior from the human skeleton*. Cambridge University Press.
- _____. *Bioarchaeology: the lives and lifestyle of past people*. Journal of Archaeological Research, 2: 10.
- MENGONI, G. 1988. *Análisis de materiales faunísticos de sitios arqueológicos*. Xama I: 71 – 120. Publicación de la unidad de antropología, área de ciencias humanas. Mendoza.
- MERBS, Charles. 1983. *Patterns of activity-induced pathology in a Canadian inuit population*. Archaeological survey of Canada paper n° 119, Mercury Series.
- NUÑEZ, Jorge. 1992. «La política militar del Presidente Balmaceda». En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- ORTEGA, Luis. 1992. «Prefacio». En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Ed.
- PINTO, Julio. 1992. «El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la guerra civil de 1891» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- PINTO RODRÍGUEZ, Jorge. 1992. «Morir en la frontera. La Araucanía en tiempos de Balmaceda» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- REYES, Enrique. 1992. «Los trabajadores del área salitrera, la huelga general de 1890 y Balmaceda» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- SAGRADO, Rafael. 1992. «Balmaceda y los orígenes del intervencionismo estatal» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- SALAZAR, G y PINTO J. 2002. *Historia contemporánea de Chile: Hombria y juventud*, tomo IV, Ed. LOM, Santiago.
- SALAZAR, Gabriel. 1990. «Ser niño huacho en la historia de Chile (siglo XIX)». *Proposiciones. Chile historia y bajo pueblo* 19.
- _____. 1992. «Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular» En *La guerra civil de 1891, cien años hoy*. Universidad de Santiago de Chile, Luis Ortega Eds.
- SAUNIER, Andrea. 2007. *El rol de la Arqueología Forense en los sucesos con muertes masivas*. Manuscrito.
- TAGLE, Oscar. 2001. «Guerra civil de 1891. Un análisis histórico – social». En *Revista Occidente* Año LVI. Julio – agosto – septiembre 2001.
- TROMBEN, Carlos. 1995. «La Armada en la Guerra civil de 1891- algunas causas de su participación» En *Revista de Marina* Noviembre – diciembre 1995.
- UBELAKER, Douglas. 1984. *Human skeletal remains. Excavation, analysis, interpretation*. Revised Edition. Smithsonian Institution. Taraxacum, Washington.
- VILLALOBOS, Sergio. 2006. *Breve historia de Chile*. 21^a edición. Editorial Universitaria.
- WONG, Edward. 2006. «A Matter of Definition: What Makes a Civil War, and Who Declares It So?» *New York Times*, Noviembre 26.
- WORKSHOP OF EUROPEAN ANTHROPOLOGISTS. 1980. *Recommendations for age and sex diagnoses of skeletons*. Journal of Human Evolution 9: 517 – 549.